

Vanda, el nieto, Augusto, y el retrato que vi del señor Bernard es, á mi parecer, el de un presidente de audiencia imperial con toga encarnada.

—Tenga usted, lea, dijo don Nicolás descubriendo el título de la obra escrito con caracteres debidos á la caligrafía de Augusto, y dispuestos de este modo:

ESPÍRITU
DE LAS LEYES MODERNAS

POR DON BERNARDO JUAN BAUTISTA MALOUD

BARÓN BOURLAC

Antiguo procurador general de la audiencia imperial de Rouen
y gran oficial de la Legión de Honor.

—¡Ah! ¡ah! ¡el verdugo de la señora, de su hija y del caballero del Vissard! dijo Godofredo con voz débil.

Y como las piernas le flaqueasen, el neófito se dejó caer en un sofá.

—¡Bonito estreno! murmuró.

—Esto, mi querido Godofredo, repuso don Nicolás, es un asunto que nos importa á todos; usted ha tomado ya su parte, y nos toca á nosotros el resto. Ruego á usted que no se mezcle en nada más, y que vaya á buscar lo que haya podido dejar allí. ¡Ni una palabra! En fin, una discreción absoluta, y dígame usted al barón Bourlac que se dirija á mí. Para entonces ya habremos decidido nosotros la manera como conviene tratar este asunto.

Godofredo bajó, buscó un cabriolé y llegó rápidamente al boulevard Mont-Parnasse, lleno de horror al recordar el proceso de la audiencia de Caen, el drama sangriento que terminó en el patíbulo y la permanencia de la señora de la Chanterie en Bicetre. Comprendió el abandono en que acababa sus días aquel antiguo procurador general, asimilado casi á Fouquier

Tinville, y las razones de su incógnito tan cuidadosamente guardado.

—¡Ya se encargará don Nicolás de vengar terriblemente á esa pobre señora de la Chanterie!

Acababa de decirse estas palabras, cuando se presentó Augusto.

—¿Qué quiere usted? le preguntó Godofredo.

—Mi buen señor, acaba de ocurrirnos una desgracia que me enloquece. Unos malvados han venido á embargarnos todos los muebles de mi madre, y buscan á mi abuelo para meterlo en la cárcel. Pero no son estas desgracias las que me obligan á implorar auxilio de usted, dijo aquel muchacho con una altivez romana. ¡Vengo á pedirle á usted un favor que no se niega ni á los condenados á muerte!...

—Hable usted, dijo Godofredo.

—Han venido para apoderarse de los manuscritos de mi abuelo, y como creo que éste ha entregado á usted la obra, vengo á rogarle que tome también las notas, pues la portera no permitirá que me lleve nada de aquí... Un alas usted á los volúmenes, y...

—Está bien, está bien, respondió Godofredo. Vaya usted pronto á buscarlas.

Mientras que el joven entraba en su habitación para volver en seguida, Godofredo pensó que no era culpable de ningún crimen, y que era preciso no desesperarlo hablándole de su abuelo y del castigo que recibía en su vejez por los furores á que se había entregado durante su vida política, y tomó el paquete de sus manos con una especie de amabilidad.

—¿Cómo se llama su madre de usted? le preguntó.

—Caballero, mi madre es la baronesa de Mergi, y mi padre era el hijo del primer presidente de la audiencia real de Rouen.

—¡Ah! dijo Godofredo, ¿su abuelo casó á su hija con el hijo del famoso presidente Mergi?

—Sí, señor.

—Amigo mío, déjeme, dijo Godofredo.

Dicho esto, acompañó al joven barón de Mergi hasta el descansillo y llamó á la Vauthier.

—Señora Vauthier, le dijo, puede usted disponer de mi habitación, porque no volveré más aquí.

Y bajó para tomar el coche.

—¿Le ha entregado usted algo á ese señor? preguntó la Vauthier á Augusto.

—Sí, dijo el joven.

—Pues ahora sí que la ha hecho usted buena: es un agente de vuestros enemigos. Todo esto es cosa de él, y la prueba de ello es que no volverá más aquí, y me ha dicho que podía alquilar de nuevo su habitación.

Al oír esto, Augusto se encaminó á escape al boulevard, logró alcanzar el cabriolé, y gritaba tanto, que al fin acabó por detenerlo.

—¿Qué quiere usted? preguntó Godofredo.

—Los manuscritos de mi abuelo.

—Dígale usted que se los reclame á don Nicolás.

El joven tomó estas palabras por la atroz burla del ladrón que ha conseguido su objeto, y se sentó en la nieve viendo al cabriolé reanudar su carrera al trote. En un acceso de salvaje energía, volvió á levantarse y volvió á acostarse rendido de fatiga por sus rápidas carreras, y con el corazón lacerado por el dolor.

Al día siguiente por la mañana, Augusto de Mergi despertó, y al hallarse solo en aquella vivienda, habitada la víspera por su madre y por su abuelo, fué presa de las violentas emociones de su penosísima situación. La profunda soledad de una casa habitada poco antes, en que cada momento le recordaba un deber y una ocupación, le hizo tanto daño, que bajó á preguntar á la madre Vauthier si su abuelo había vuelto por la noche ó al amanecer, pues se había despertado muy tarde y suponía que, en el caso de que el barón Bourlac hubiese vuelto, la portera se lo hubiera notificado. Pero ésta le respondió burlándose que ya se figuraba dónde debía estar su abuelo, y

que si no había vuelto aquella mañana, era sin duda porque habitaba ya el palacio de Clichy. Esta broma de una mujer que tanto le había mimado la víspera, devolvió á aquel pobre joven todas sus energías, y corrió á la casa de salud de la calle Basse-Saint-Pierre, presa de gran desesperación al suponer que su abuelo pudiese estar en la cárcel.

El barón Bourlac había rondado durante toda la noche la casa de salud, cuya entrada le estaba prohibida, y la casa del doctor Halpersohn, á quien, como era natural, quería pedir cuenta de semejante conducta. El doctor no había vuelto á su casa hasta las dos de la mañana. El anciano, que había ido á la una y media á la puerta del doctor, había llegado paseándose hasta la gran calle de árboles de los Campos Elíseos, y cuando volvió, á las dos y media, el portero le dijo que el señor Halpersohn había entrado, que dormía ya y que no podía despertarlo.

Al encontrarse á las dos y media de la mañana en aquel barrio, el pobre padre, desesperado, anduvo errante por el muelle y por debajo de los árboles de los paseos laterales del Cours-la-Reine esperando el día. A las nueve de la mañana se presentó en casa del médico, y le preguntó por qué tenía incomunicada de aquel modo á su hija.

—Caballero, le contestó el doctor, ayer le respondí á usted de la salud de su hija, pero en este momento respondo de su vida, y ya comprenderá usted que, en semejante caso, debo ser respetado. Sepa usted que su hija tomó ayer un remedio que debe curarla del humor de la *Plica*, y que, mientras esa horrible enfermedad no haya desaparecido, no estará visible. No quiero que una emoción muy viva ó un error de médico nos priven, á mí de la enferma y á usted de la hija; si se obstina en verla, yo exijo una consulta de médicos, para ponerme á cubierto de cuanto suceda.

El anciano, muerto de fatiga, se dejó caer en una silla, pero no tardó en levantarse diciendo:

—Señor, dispense usted. He pasado la noche esperándole, en medio de horribles angustias. No puede usted imaginarse hasta qué punto amo á mi hija, á quien tengo quince años ha entre la vida y la muerte, y no sabe usted el gran suplicio que son para mí esos ocho días de espera.

El barón salió del despacho de Halperson vacilando como un hombre ebrio. Una hora después de la salida del anciano, á quien el médico había acompañado sosteniéndole por el brazo hasta el pasamano de la escalera, se presentó Augusto de Mergi. Preguntando á la portera de la casa de salud, este pobre joven acababa de saber que el padre de la dama que habían traído la vispera, había vuelto por la noche, que había preguntado por ella, y que había hablado de ir á casa del doctor Halpersohn, donde sin duda le darían noticias de él. En el momento en que Augusto se presentó en el despacho de Halpersohn, el doctor almorzaba una taza de chocolate, acompañada de un vaso de agua, sobre un pequeño velador. Al ver al joven no se movió y continuó mojando su tostada en el chocolate, pues no comía más que cuatro tostadas de pan cortadas con una precisión que probaba su habilidad de operador, porque, en efecto, Halpersohn había practicado la cirugía en sus viajes.

—Y bien, joven, ¿qué hay? ¿Viene usted también á pedirme cuenta de su madre? dijo al ver entrar al hijo de Vanda.

—Sí, señor, respondió Augusto de Mergi.

Augusto había avanzado hasta llegar al lado de la mesa, en donde se veían billetes de banco en medio de algunas pilas de monedas de oro. En las circunstancias en que se encontraba aquel pobre joven, la tentación pudo más en él que sus principios, por sólidos que éstos fuesen. Vió el medio de salvar á su abuelo y de salvar también los frutos de veinte años de trabajos amenazados por hábiles especuladores, y sucumbió. Esta fascinación fué rápida como el pen-

samiento, y justificada con una idea de abnegación que halagó á aquel niño. El joven se dijo: «Me perderé, pero salvaré á mi madre y á mi abuelo.»

En esta lucha entre su razón y la idea del crimen, adquirió, como los locos, una singular y pasajera habilidad, y en lugar de pedir noticias de su abuelo, dió á la conversación el mismo sentido que le daba la pregunta del médico. Halpersohn, como todos los grandes pensadores, había adivinado la vida del anciano, de aquel niño y de la madre. Presintió ó entrevió la verdad, que le fué revelada en parte por la baronesa de Mergi, resultando de todo aquello que sentía cierta simpatía por sus nuevos clientes, pues respeto ó admiración era incapaz de sentirlos.

—Pues bien, querido mío, respondió familiarmente al joven barón, ahora le retengo á su madre, pero se la devolveré joven, hermosa y con salud. Es una de esas enfermas raras por las que los médicos se interesan, sin tener en cuenta además que su madre es del mismo país que yo. Tengan usted y su abuelo paciencia y valor para estar dos semanas sin ver á la señora...

—Baronesa de Mergi.

—Si ella es baronesa, usted es barón, replicó Halpersohn.

En este momento, el robo se había efectuado ya. Mientras que el médico miraba su tostada empapada en chocolate, Augusto había cogido cuatro billetes doblados y se los había metido en el bolsillo del pantalón, fingiendo que se ponía la mano así por costumbre.

—Sí, señor, soy barón. Mi abuelo es también barón y fué procurador general bajo la Restauración.

—Se pone usted encarnado, joven, y el ser barón y pobre no es motivo para avergonzarse, pues es cosa muy común.

—¿Quién le ha dicho á usted que nosotros somos pobres?

—Su abuelo de usted me dijo que había pasado la noche en los Campos Elíseos, y aunque no conozco palacios que tengan tan hermosas bóvedas como las que brillaban en dicho sitio á las dos de la mañana, le aseguro á usted que hacía frío en el palacio en que se paseaba su abuelo. Nadie escoge por su gusto la posada de la Bella Estrella.

—¿Mi abuelo ha salido de aquí? repuso Augusto, que escogió esta ocasión para retirarse, le doy á usted las gracias, y, si usted me lo permite, vendré á saber noticias de mi madre.

Tan pronto como el joven barón salió, tomó un cabriolé para llegar antes á casa del alguacil, y pagó la deuda de su padre. El alguacil le entregó los documentos y la cuenta de las costas, y dijo al joven que llevase consigo á uno de sus dependientes, para que relevase al guardián judicial de sus funciones.

—Al mismo tiempo, como que los señores Barbet y Metiviere viven en su mismo barrio de usted, el patricio que le acompañará á usted puede pasar por casa de éstos para decir que le entreguen el acta de retroventa.

Augusto, que no comprendía aquellos términos ni aquellas formalidades, se dejó llevar. Recibió setecientos francos en dinero que sobraban de los cuatro mil, y salió acompañado de un pasante. Subió al cabriolé en un indecible estado de estupor, pues una vez obtenido el resultado, empezaron los remordimientos; se vió deshonrado y maldito por su abuelo, cuya inflexibilidad conocía, y pensó que su madre se moriría de dolor al saber que era culpable. La naturaleza entera cambiaba para él de aspecto. Tenía calor, no veía ya la nieve y las casas le parecían espectros. Una vez llegado á su casa, el joven barón tomó un partido que, á decir verdad, era muy propio de un joven honrado. Fué al cuarto de su madre á coger la tabaquera guarnecida de diamantes que el Emperador había regalado á su abuelo, y se la envió junto

con los setecientos francos al doctor Halpersohn, acompañada de la siguiente carta, que redactó después de haber hecho varios borradores:

«Señor: Los frutos de un trabajo de veinte años, hecho por mi abuelo, iban á ser devorados por usureros que amenazaban su libertad. Tres mil francos le salvaban, y al ver tanto oro sobre la mesa de usted, no pude resistir á la tentación de libertar á mi abuelo, devolviéndole á la par el salario de sus trabajos. Sin su consentimiento, he cogido cuatro mil francos; pero como sólo necesito tres mil trescientos, envío á usted los setecientos restantes, acompañados de una tabaquera guarnecida de diamantes que el Emperador regaló á mi abuelo, y cuyo valor puede servir para responder de la suma distraída.

»Aunque no crea usted en el honor del que le considerará toda su vida como un bienhechor, si se digna usted guardar silencio sobre una acción injustificable en cualquier otra circunstancia, salvará usted á mi abuelo como va usted á salvar á mi madre, y yo seré toda la vida su fiel esclavo.

»AUGUSTO DE MERGI.»

A eso de las dos y media, Augusto, que había ido hasta los Campos Elíseos, encargó á un mandadero que dejase en la portería del doctor Halpersohn una cajita lacrada que contenía diez luises, un billete de quinientos francos y la tabaquera; después volvió despacio, á pie, á su casa, por el puente de Iena, los Inválidos y los bulevares, contando con la generosidad del doctor Halpersohn. El médico, que se había apercibido del robo, cambió en seguida la opinión que tenía formada de sus clientes. Se figuró que el anciano había ido para robarle, y que, no habiendo podido lograrlo, había enviado al muchacho. Puso en duda los títulos que se atribuían, y se fué en seguida á hacer los pasos necesarios para que se les persiguiese.

La prudencia con que procede la justicia, rara vez

permite que ésta obre con la rapidez que desearían las partes interesadas; pero á eso de las tres, un comisario de policía, acompañado de unos agentes que callejaban por los bulevares, hacía preguntas á la señora Vauthier sobre sus inquilinos, y la viuda aumentaba, sin saberlo, las sospechas del comisario de policía.

Nepomuceno, que se olió que eran agentes de policía, creyó que iban á prender al anciano, y, como quería á Augusto, corrió al encuentro del señor Bernard, á quien halló en la avenida del Observatorio, diciéndole:

—¡Señor, escápese usted, vienen á prenderle! Los alguaciles estuvieron ayer en su casa y lo embargaron todo. La madre Vauthier, que le tenía á usted escondidos unos papeles timbrados, decía que hoy ó mañana dormiría usted en Clichy. Mire. ¿No ve usted aquellos sotacómities?

Una mirada bastó al antiguo procurador general para reconocer á los agentes de policía y adivinarlo todo.

—¿Y don Godofredo?

—Se ha marchado para no volver más. La madre Vauthier dice que era un enviado de los enemigos de usted...

Inmediatamente el barón Bourlac tomó la decisión de ir á casa de Barbet, y, como que el antiguo librero vivía en la calle de Sainte-Catherine d'Enfer, llegó á ella en poco más de un cuarto de hora.

—¡Ah! ¿viene usted á buscar su acta de retroventa?, dijo el antiguo librero respondiendo al saludo de su víctima; aquí la tiene usted.

Y, con gran asombro del barón Bourlac, le entregó el acta, que el antiguo procurador general tomó, diciendo:

—No comprendo...

—Pues ¿no ha sido usted el que me ha pagado? dijo el librero.

—¿Le han pagado á usted?

—Su nieto fué á llevar el dinero esta mañana á casa del alguacil.

—¿Es verdad que fueron ayer á embargarme y á prenderme?

—¿De modo que no ha vuelto usted á casa desde hace dos días? preguntó Barbet. Un procurador general me parece que ya tiene motivos para saber lo que son esas cosas.

Al oír esta frase, el barón saludó fríamente á Barbet y se encaminó á su casa pensando que los agentes de policía estarían allí á buscar á los autores que vivían en el segundo piso. Iba muy despacio, perdido en tristes reflexiones, y, á medida que andaba, las palabras de Nepomuceno le parecían más oscuras é inexplicables. ¿Sería cierto que Godofredo le había engañado y abandonado? Maquinalmente tomó por la calle de Notre-Dame des Champs, entró por la puercecita, que encontró casualmente abierta, y llamó á Nepomuceno.

—¡Ah señor! ¡venga usted en seguida! ¡Se llevan al señorito Augusto á la cárcel! Le han cogido en el bulevar; á él era al que buscaban; ha sido interrogado...

El anciano saltó como un tigre, se trasladó al bulevar atravesando la casa y el jardín como una flecha, y pudo llegar bastante á tiempo para ver á su nieto que subía á un coche entre tres hombres.

—Augusto, ¿qué quiere decir eso? le dijo.

El joven rompió á llorar y se desmayó.

—Caballero, soy el barón Bourlac, antiguo procurador general, dijo al comisario de policía reconociéndole por su fajín; por favor explíqueme usted lo que es esto.

—Señor, si es usted el barón Bourlac, lo comprenderá usted todo en dos palabras: acabo de interrogar á este joven, y desgraciadamente ha confesado...

—¿Qué?

—Un robo de cuatro mil francos, llevado á cabo en casa del doctor Halpersohn.

—¿Es posible, Augusto?

—Abuelo, le he enviado como prenda su tabaquera de diamantes; quería salvar á usted de la infamia de ir á la cárcel.

—¡Ah, desgraciado! ¿qué has hecho? exclamó el barón. Los diamantes son falsos, pues los buenos los he vendido yo hace tres años.

El comisario de policía y su ordenanza se miraron de una manera singular. Aquella mirada, que decía muchas cosas, fué sorprendida por el barón Bourlac, que quedó petrificado.

—Señor comisario, repuso el antiguo procurador general, no tenga usted cuidado, que yo voy ahora mismo á ver al señor procurador del rey; pero puede usted atestiguar el error en que he mantenido á mi nieto y á mi hija. Usted debe cumplir con su deber; pero en nombre de la humanidad, lleve usted á mi nieto á una celda de pago. Yo pasaré por la cárcel... ¿Adónde lo llevan ustedes?

—Pero ¿es usted en realidad el barón Bourlac?

—¡Eh! ¡caballero!...

—Es que el señor procurador del rey, el juez de instrucción y yo, dudamos que gentes como usted y su nieto puedan ser culpables, y, lo mismo que el doctor, hemos creído que algunos bribones hubiesen tomado sus nombres.

Después llamó al barón aparte y le dijo:

—¿Ha estado usted esta mañana en casa del doctor Halpersohn?

—Sí.

—¿Se presentó allí su nieto media hora después que usted?

—Caballero, eso no lo sé, porque llego ahora y no he visto á mi nieto desde ayer.

—Las citaciones que nos ha enseñado y los demás documentos me lo explican todo, y conozco ya la causa

del crimen, repuso el comisario de policía. Caballero, añadió, yo debía detenerle á usted como cómplice de su nieto, pues sus contestaciones confirman los hechos alegados por el que ha presentado la queja; pero sus declaraciones, y las actas y documentos que devuelvo á usted, dijo tendiéndole un paquete de papeles timbrados que llevaba en la mano, prueban que es usted en realidad el barón Bourlac. Sin embargo, dispóngase á comparecer ante el señor Marest, juez de instrucción encargado de este asunto. Dado vuestro antiguo rango y nombre, creo que no debo usar con usted el rigor ordinario. Respecto á su nieto, hablaré con el señor procurador del rey en cuanto llegue, y veremos de tener todas las consideraciones posibles con el nieto de un antiguo primer presidente, víctima del error de un joven. Pero hay queja de la parte interesada, el delincuente confiesa, yo he levantado ya acta y nada puedo hacer. Respecto á la encarcelación, meteremos á su nieto en la Conserjería.

—¡Oh! gracias, caballero, respondió el desgraciado Bourlac.

Y cayó rígido en medio de la nieve, yendo á dar con su cuerpo en una de las zanjas que separaban en aquella época los árboles del bulevar.

El comisario de policía pidió auxilio, y Nepomuceno acudió con la madre Vauthier. Llevaron al anciano á su casa, y la Vauthier rogó al comisario de policía que, al pasar por la calle del Enfer, dijese al doctor Berton que fuese á visitarlo.

—¿Qué tiene mi abuelo? preguntó el pobre Augusto.

—Está loco, amigo mío. ¡He ahí lo que tiene el robar!

Augusto hizo ademán de quererle romper la cabeza; pero los dos agentes lo contuvieron.

—Vamos, joven, calma, dijo el comisario, calma. Ha cometido usted faltas, pero no son irreparables.

—¡Oh! señor, dígame usted á esa mujer que es muy

probable que mi abuelo no haya comido hace ya veinticuatro horas.

—¡Oh! ¡pobre gente! exclamó en voz baja el comisario.

Hizo parar el coche, que se había puesto en marcha ya, y dijo una palabra al oído á su ordenanza, que corrió á hablar con la Vauthier y volvió en seguida.

El señor Berton diagnosticó que el señor Bernard, pues era el único nombre que le conocía, sufría una fiebre sumamente intensa; pero cuando la viuda Vauthier le contó los acontecimientos que motivaban su estado, del modo que acostumbran á contar estas cosas las porteras, juzgó necesario notificar al día siguiente al señor Alain aquella aventura, y el señor Alain escribió cuatro letras con lápiz á don Nicolás.

La víspera de este día, Godofredo, al llegar, había entregado la obra de las notas á don Nicolás, el cual pasó la mayor parte de la noche leyendo el primer tomo de la obra del barón Bourlac.

Al día siguiente por la mañana, la señora de la Chanterie dijo al neófito que, si persistía en su resolución, iba á utilizarle inmediatamente para su obra. Godofredo, iniciado por ella en los secretos financieros de la sociedad, trabajó siete ú ocho horas diarias, durante muchos meses, bajo la dirección de Federico Mongenod, que iba todos los domingos á examinar la labor, y recibió muchos elogios por sus trabajos. Cuando todas las cuentas estuvieron planteadas con claridad, le dijo:

—Es usted una preciosa adquisición para las gentes santas con quienes vive. Ahora, dos ó tres horas diarias bastarán para mantener esta contabilidad al corriente, y el resto del tiempo, si usted sigue aún con la misma vocación que manifestaba hace seis meses, puede ayudarles.

Corría el mes de julio de 1838. Durante todo el tiempo que había transcurrido desde la aventura del

bulevar Mont-Parnasse, Godofredo, ansioso de mostrarse digno de sus amigos, no había hecho ninguna pregunta respecto al barón Bourlac, porque, como no oyese decir nada de él y no encontrase nada en las cuentas que concernían á aquel asunto, consideró el silencio que se guardaba sobre la familia de los dos verdugos de la señora de la Chanterie, ó como una prueba á la que le sometían, ó como una prueba de que los amigos de aquella sublime mujer la habían vengado.

En efecto; dos meses después de su aventura, paseándose, había llegado hasta el bulevar Mont-Parnasse, había visto á la viuda Vauthier y le había pedido noticias de la familia del señor Bernard.

—¿Quién sabe adónde habrán ido á parar esas gentes, don Godofredo? Dos días después de la expedición de usted, porque para mí fué usted, gran pillastrón, el que le quitó el negocio á mi propietario, vino gente que nos desembarazó de aquel viejo gruñón. ¡Bah! en veinticuatro horas se lo llevaron todo, y todo pasó como si no le hubiera visto ni conocido en mi vida. Nadie ha querido decirme ni una palabra. Creo que se ha marchado para Argel con el bandido de su nieto, porque Nepomuceno, que tenía una gran debilidad por aquel ladrón y que no vale mucho más que él, no lo encontró en la Conserjería, y él es el único que sabe dónde están, pues me dejó plantada y se escapó... ¡Eduque usted niños abandonados! Ya ve usted cómo le pagan á una y cómo le dan mil trabajos. Aun no he podido reemplazarle, y como este barrio va ganando mucho y la casa está toda alquilada, tengo mucho trabajo.

Godofredo no hubiera sabido nunca nada sobre el barón Bourlac, á no ser por el desenlace que tuvo esta aventura, á consecuencia de uno de esos encuentros que tienen lugar en París.

En el mes de septiembre, Godofredo bajaba por la gran avenida de los Campos Elíseos, y, al pasar por

delante de la calle de Marbeuf, se acordó del doctor Halpersohn, y se dijo:

—Debía de ir á verle, para saber si curó á la hija de Bourlac. ¡Qué voz! ¡qué talento tenía!... ¡Quería consagrarse á Dios!

Llegado á la plazoleta, Godofredo la atravesó á toda prisa á causa de los coches que bajaban con rapidez, y chocó con un joven que daba el brazo á una señora.

—¡Caramba! ¡tenga usted cuidado! exclamó el joven. ¿Está usted ciego?

—¡Cómo! ¿es usted! respondió Godofredo, reconociendo én aquel joven á Augusto de Mergi.

Augusto iba tan elegante, tan guapo, tan estirado, dando el brazo á aquella mujer, que, á no ser por los recuerdos que ocupaban la mente de Godofredo, éste no lo hubiera reconocido.

—¡Toma! ¡si es nuestro querido don Godofredo! dijo la dama.

Al oír las notas celestes de la encantadora voz de Vanda, que andaba, Godofredo quedó en el sitio como si lo hubieran clavado.

—¡Curada! exclamó.

—Hace quince días que me permite andar, respondió ella.

—¿Halpersohn?

—Sí. Y ¿cómo no ha venido usted á vernos? le preguntó. ¡Oh! ha hecho usted bien. Me han cortado los cabellos hace ocho días, y los que usted me ve son postizos; pero el doctor me ha jurado que volverá á salirme el pelo... Pero ¡cuántas cosas tenemos que decirnos!... Venga usted á comer con nosotros... ¡Oh! ¡su acordeón!... ¡oh! ¡caballero!...

Y se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Lo conservaré toda mi vida! Mi hijo lo conservará como una reliquia. Mi padre le ha buscado á usted por todo París, y á sus desconocidos bienhechores. ¡Oh! se morirá de pesar si no le ayuda usted

á encontrarlos. Está dominado por una negra melancolía que, pocos días ha, logró ya casi vencerle

Tan seducido por la voz de aquella encantadora mujer sacada de la tumba, como por su fascinadora curiosidad, Godofredo tomó el brazo que le tendió la baronesa de Mergi, la cual dejó que su hijo fuese delante á hacer un encargo que éste había entendido con un solo movimiento de cabeza.

—No le llevo á usted muy lejos, porque vivimos en el paseo de Antin, en una bonita casa construída á la inglesa. La ocupamos toda entera, y cada uno de nosotros tiene un piso. ¡Oh! estamos muy bien. ¡Mi padre cree que usted ha contribuido con mucho á las felicidades que nos rodean!...

—¡Yo!

—¿No sabe usted que, gracias á un informe del ministro de Instrucción pública, han creado para él una cátedra de legislación comparada, en la Sorbona? Mi padre empezará el primer curso en el mes de noviembre próximo. La gran obra en que trabajaba aparecerá dentro de un mes, pues la casa Cavalier la publica repartiendo los beneficios con mi padre, y le ha entregado ya á cuenta de su parte treinta mil francos. Mi padre va á comprar la casa en que vivimos. El ministerio de Justicia me señala una pensión de mil doscientos francos como hija de un antiguo magistrado, y mi padre tiene mil escudos por el retiro y cinco mil francos como profesor. Somos tan económicos, que seremos casi ricos. Augusto va á empezar la carrera de leyes dentro de dos meses; pero está empleado en la Audiencia y gana mil doscientos francos. ¡Ah! don Godofredo, no me hable usted del desgraciado asunto de mi Augusto. Su abuelo no lo ha perdonado aún, pero yo le bendigo todas las mañanas por aquella acción; sí, su madre le bendice, Halpersohn le adora, y el antiguo procurador general sigue implacable.

—¿Qué asunto? dijo Godofredo.